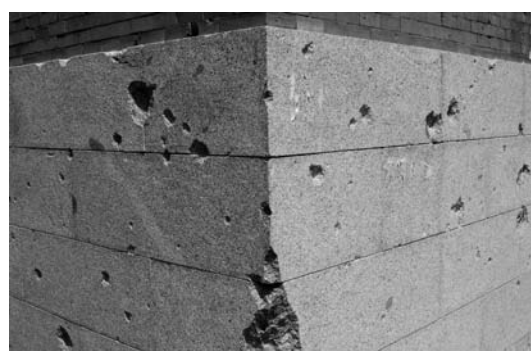


LAS HUELLAS DEL DESASTRE

Un reportaje fotográfico de Álvaro Guijarro. Texto de Borja Menéndez.

Después de duros combates en el sur de Madrid, el 8 de noviembre de 1936 comenzó el asedio de la capital y lo que se conoce como Batalla de Madrid, infructuoso intento del bando nacional por tomar rápidamente la ciudad. El resultado sería el establecimiento de un frente prácticamente inmóvil que se mantuvo durante 870 días de horror hasta que, el 27 de marzo de 1939 las tropas rebeldes entraron sin disparos en un Madrid herido y derrotado. Punta de lanza de este frente fue la Ciudad Universitaria, con sus edificios racionalistas, que quedó totalmente arrasada. Esto no es una lección de historia, es un viaje a un pasado luctuoso que no necesita mucha imaginación, pero sí atención, un viaje por los restos que la guerra dejó durante su larga estancia entre nuestras facultades.



En el complejo médico, situado junto al metro de Ciudad Universitaria, encontraremos algunos de los restos más impactantes de la guerra. Miles de balazos salpican las fachadas, especialmente las que se hallan frente a la Avenida Complutense, límite del frente en esta zona. El ejército rebelde se encontraba atrincherado en los edificios de la Escuela de Agrónomos, al otro lado de la calle. Desde Odontología, el frente subía luego cuesta arriba hacia el Clínico. Algunos de los impactos sirven hoy de nido para las arañas. Un triste consuelo saber que puedan cobijar vida y no muerte.



Los agujeros provocados por la artillería pesada son aún reconocibles en todo el complejo por el color distinto del ladrillo que se usó luego para cubrirlos. El ala oeste de Odontología se hundió del todo.



El lugar que ocupa hoy la Facultad de Ciencias de la Información era hace setenta y cinco años una honda vaguada recorrida por un arroyo, el Cantarranas, que descendía desde Tetuán, pasando por el jardín botánico hasta el Manzanares. Esta vaguada fue luego cubierta, quedando el arroyo soterrado. Antes, para evitar derrumbamientos y soportar mejor el paso de la Avenida Complutense sobre la vaguada, el ingeniero Eduardo Torroja había ideado un poderoso muro de contención construido con hormigón armado. Los restos de este muro, hoy parcialmente cubierto, son el espejo aterrador de las ingentes cantidades de balas y artillería que se emplearon durante los dos años y medio de combates inintermitidos en la Ciudad Universitaria. Son fácilmente observables si se desciende un poco desde la entrada principal de la facultad. En algunas zonas los impactos son tan numerosos que la estructura se halla totalmente deformada. Sobre ella, ignorantes del espectáculo espantoso que se encuentra tras las barandillas y los bancos de piedra, miles de estudiantes caminan a diario, yendo o volviendo de sus clases. Las noches del fin de semana, docenas de jóvenes disfrutaban del botellón a escasos metros de ese mosaico de muerte.



La Facultad de Filosofía y Letras, quizá el edificio más emblemático de la Ciudad Universitaria, fue también uno de los más dañados. Es por eso que, al tener que ser reconstruido casi en su totalidad, es de los que menos restos de la guerra contiene. Algunas de las piezas de sus zócalos, sin embargo, son un terrorífico mosaico de balazos. Poco conscientes son los estudiantes de que, allí donde se sientan para comer sus bocadillos, están las marcas de la guerra. Sobre estas letras, una pintada reza inocentemente “No a Bolonia” junto a los mortales balazos. A la derecha, un impacto de obús permanece incólume, ejemplo de brutalidad fratricida en los cimientos mismos de este templo de sabiduría. Desde Filosofía y Letras, que fue cuartel de las Brigadas Internacionales en Madrid durante los durísimos combates de noviembre del 36, el frente se extendía en forma de trincheras entrelazadas, bajando hacia la carretera de La Coruña (entonces Avenida de la República) y siguiendo hasta el río. Un poco más al norte, junto a Puerta de Hierro, en un bosquecillo situado tras la Facultad de Informática, tenemos todavía numerosos restos de las trincheras que defendían aquel puesto estratégico. Algunas de ellas han sido desenterradas por estudiantes y profesores de Historia. Justo debajo, a la izquierda, nidos de ametralladoras, a la derecha, una de esas trincheras, semienterrada.



El Hospital Clínico fue el extremo de una lanza que, al no poder avanzar más, lejos de retroceder, se mantuvo irresponsablemente en su sitio, con las consecuentes pérdidas humanas y patrimoniales. Son muchos los restos de esta locura pírrica. Todo el parque que hay tras el Museo de América está construido sobre las ruinas de edificios antiguos que no soportaron los combates y quedaron absolutamente arrasados. Y como chapitel, una estatua de la Virgen cosida a balazos. No muy lejos de ahí, bajando un poco hacia Odontología, un enorme cráter nos habla del terror de las minas subterráneas, capaces de derribar edificios enteros.



Bajando desde el Clínico, el frente se deslizaba por la Avenida de los Reyes Católicos, siguiendo algo más abajo por los lindes entre el Parque del Oeste y las residencias de estudiantes. Toda esa área fue devastada por las minas subterráneas, sus cráteres luego cubiertos con escombros. Como rostros amenazantes, varios búnkeres de hormigón nos observan todavía, cascarones vacíos en medio de una tranquilidad sólo interrumpida por el ocasional paso de algún coche por la Avenida de Séneca.



Sobre estas líneas vemos el puente de los quince ojos, una de las joyas de ingeniería que Eduardo Torroja dejó en la Ciudad Universitaria. Parcialmente cubierto por el soterramiento del Cantarranas y muy pobremente cuidado, queda hoy como un sombrío recuerdo de los combates, imposible de discernir su belleza pasada. En los lugares donde el enlucido se ha ido cayendo con el paso de los años podemos observar cientos de impactos de bala. Bajo sus arcos se deslizaron los atacantes, listos para tomar la Escuela de Agrónomos desde donde avanzarían hacia el Clínico. Eran los primeros días de la Batalla de Madrid y la desorganización era palpable entre los defensores.

Abajo, el edificio de mecánica agrícola, situado frente a la Facultad de Agrónomos. Es el más antiguo de la Ciudad Universitaria, pues fue fundado en tiempos de Alfonso XII. Sobrevivió milagrosamente a la Guerra, mientras que su hermano mayor, totalmente irrecuperable, tuvo que ser derribado, construyéndose un nuevo edificio sobre su planta. Más aterradoras que los impactos de bala en sus zócalos son las muescas en las rejas de sus ventanas, las cuales, por su ángulo, nos hablan de durísimos combates a muy corta distancia, disparándose de edificio a edificio, de ventana a ventana, buscando la Muerte.

